


February 2015

A Tres Pasos de La Muerte

Samuel Temblador
University of California Los Angeles

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.lmu.edu/fgv>

 Part of the [Critical and Cultural Studies Commons](#), [Curriculum and Instruction Commons](#), [Curriculum and Social Inquiry Commons](#), [Educational Methods Commons](#), [Fiction Commons](#), [Illustration Commons](#), [Interdisciplinary Arts and Media Commons](#), [Nonfiction Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Recommended Citation

Temblador, Samuel (2015) "A Tres Pasos de La Muerte," *First-Gen Voices: Creative and Critical Narratives on the First-Generation College Experience*: Vol. 3 : Iss. 1 , Article 10.
Available at: <http://digitalcommons.lmu.edu/fgv/vol3/iss1/10>

This Fiction is brought to you for free and open access by the Academic Resource Center at Digital Commons @ Loyola Marymount University and Loyola Law School. It has been accepted for inclusion in First-Gen Voices: Creative and Critical Narratives on the First-Generation College Experience by an authorized administrator of Digital Commons@Loyola Marymount University and Loyola Law School. For more information, please contact digitalcommons@lmu.edu.

Bang y Bang. En ese solo sonido, había oído dos palabras: *carajo/damn*. La pluma que llevaba siempre a mi lado, negra y grabada en plata, se había caído primero. Mis ojos la seguían desde las últimas páginas que había escrito esa tarde hasta el piso seco y duro. Me había sentido tan cerca de la casa del viejo. La Casa Tres Pasos, así me recuerdo que me había dicho que se llamaba. El crujido de las palas siguió en torno sin perder el ritmo y sobre mis hombros, se sentía como si el cielo estuviera cayendo en una lluvia de polvo y tierra. Espesa y húmeda, se entró por todos lados inundando cada cavidad y uniendo todos los sentidos; cuando se había posado todo, el olor de humo todavía persistía en mi nariz. Dos palabras sin frontera y dos plumazos huecos en el cráneo, así me estaba dando la despedida. En pocos días, mi redactor estaría suponiendo lo peor. Sin embargo, los discípulos de la muerte aún iban a saltar a los titulares y yo con ellos. El grabado de la pluma relucía desafiante en las últimas horas del sol. Poco a poco, todo se fue mezclando en un instante: maldiciones, ruido, luz, olor. Luego, oscuridad. Después de un rato, fuera de ella, salieron las voces apagadas, mas como murmullos a mis orejas muertas.

- Dice Rudy Rosales. Escritor profesional para *El Tecolote* ¿Para periodista, era muy joven ese chavalito no? Me voy a quedar con su tarjeta. Seguro que es el nieto de Vicente.
- ¿Y qué importa? Un gusano menos. Ten ayúdame a aplastar esto.
- Pero fíjate, el abuelo un traficante y el nieto un periodista. Seguro que si es su nieto. Hasta que vino en la mera moto de Vicente. Pero el viejo nunca nos dijo que tenía familia. Se iba a llevar ese secreto a la tumba.
- ¡Apúrate Virgilio, que tenemos que llegar a Tijuana e incendiar la casa antes de la medianoche!
- El con su pluma y nosotros con estas palas. ¿Cuántas horas llevamos aquí ya? Quizás, todos deberíamos haber elegido otro tipo de trabajo.
- Deja de joder que ya mero acabamos. Haz algo útil para tu compa Vicente, y asegúrate de que su nieto este bien enterrado. Pásame esa pala. A ver, ya con eso basta.
- Me voy a quedar aquí un rato.

¡Otra vez! No tengo tiempo para tus tonterías. Dame las llaves del camión. Quédate pues. Como quieras. Cuéntales a todos los muertos tus pecados. Tendrás bastante compañía por los tantos que hemos enterrado aquí. Oí el chillido de las llantas, como el último aullido de un animal herido de muerte que junta todo el coraje que le queda en una diatriba final contra la vida.

Volví a abrir los ojos. Ya no habían voces, solamente un mar de suspiros y recuerdos. Me volvió a doler la cabeza. En el cielo, miles de irises brillantes me fijaban la mirada, como si en espera de que pronto me levantara.

Estire los ojos, y ante ellos, se extendía la profundidad del anochecer en el camino entre Los Ángeles, que había dejado hacia un día, y Tijuana, a donde iba siguiendo las pistas escasas de drogas y carteles en búsqueda de ese viejo que le gustaba esconderse entre los relatos de la familia Rosales.

“A veces era santo. A veces. Teníamos alguna idea de dónde venía el dinero con que nos mantenía pero nunca hacíamos preguntas. Es verdad que la casa en que vivíamos, él la había pagado, pero sabía bien el viejo que una familia no se mantenía solamente con dinero sucio. Por eso no se quejaba cuando le imponía mis reglas,” recuerdo que me había dicho mi madre antes de que me hubiera montado en la moto roja para ir a buscarlo.

Era la misma moto roja que me habían dicho que el loco viejo, ligero de mano, se había ganado en un juego de cartas con unos traficantes, el tipo con quienes le gustaba juntarse, hacía muchos años.

La noche, la borrachera, y las calles eran sus musas y había semanas enteras en que no lo veíamos. Cuando decidía aparecer, durante esas noches de mi niñez, lo hacía de repente con una tocada ligera a la ventana de mi dormitorio. Desafortunadamente, ya me habían familiarizado mis primos mayores con el Cucuy, ese señor infame de los terrores juveniles que te visitaba en lo más oscuro de las noches para secuestrarte por siempre. Cuando oí el tap tap en la ventana por primera vez, seguido de mi nombre pronunciado en voz baja y ronca, me dio un mero ataque de pura ansia.

- Rudy, ábreme la ventana. Soy tu abuelo. Me ha dejado fuera tu mama.
- No, no te creo. Eres el Cucuy. Mis primos me han contado de ti, que puedes imitar las voces de la gente y que secuestras a los niños.
- Ven a la ventana y ya verás que no te estoy mintiendo. Ándale hijo, por el amor de dios que me estoy muriendo de frio.

Ya iba a cumplir los 10 años. Ya tenía mi propio cuarto. Recogí el ánimo y me asome a la orilla de la ventana. Allí estaba la silueta familiar de la tejana blanca, las botas de charro, y el traje de estilo norteco que siempre llevaba puesto al salir. Abrí la ventana y con un solo salto, el viejo se metió. Aunque tan viejo, siempre era ágil así. Mi mama le pondría toda clase de obstáculos para dejarlo fuera de la casa, y de una manera u otra encontraba un camino a entrar. Entro oliendo de algo muy fuerte y agrio. Tequila Jalisciense me enterrara años después. Se olía más fuerte cuando hablaba. Veía que todavía estaba temblando yo al abrir la ventana. Me tomo del hombro, y tambaleándose a la misma vez, me regreso a la cama.

- Mira, te voy a contar una historia pero me tienes que prometer que no le dirás a tu madre que he estado aquí. Si no, jamás te podrá contar de la Casa Tres Pasos. Allí, en los terrenos olvidados de un antiguo reino,

había un tesoro más valioso que oro. Estaba guardado por una banda de caballeros negros que la muerte misma había escogido para proteger los secretos que escondía la casita. Decía el oráculo del rey que encontrar la casa era encontrar la inmortalidad. Toda clase de gente había tratado de encontrarlo: ladrones, mendigos, nobles, pero en todos casos, habiendo ido en búsqueda de la casa y su tesoro prohibido, nunca regresaban. Los guardianes de la casa mantenía buena vigilancia y cazaban a cualquier intruso.

No venía cada noche y al oír cualquier ruido fuera de la ventana, mis pensamientos siempre vacilaban entre ser secuestrado por el maldito Cucuy o a ver el rostro medio ebrio y sonriente, medio hosco del viejo esperándome para contar el siguiente capítulo de la casa. Al principio el olor de tequila y de la calle me daba mucho asco pero con el tiempo, la borrachera del viejo y los olores formaban una parte familiar de los cuentos. A mi mente juvenil, la crónica de los caballeros que luchaban contra todo tipo de bestias imaginables e inconcebibles, humanas e inhumanas, me dejaba embelesado. Un polvo blanco. Eso era el tesoro de la casa que tantos habían arriesgado la vida para obtener. Al ingerirlo, se decía que te convirtiera por un rato en un dios, que ni el tiempo podía tocar. Era la fuente del poder de los caballeros. Pero lo que no se sabía era que el polvo provenía de los huesos molidos de los aventureros desdichados. Conseguía su poder de los sueños y deseos que contenían sus almas. El precio que pagaban los guardianes para acceso exclusivo era una vigilancia interminable y la pérdida permanente de descanso, ya que estaban bajo la mirada fija de la muerte. Aunque el mito era lo mismo, cada vez los personajes y sus aventuras siempre los cambiaba el viejo. Quizás era a causa de la borrachera o la vejez pero esperaba las noches en que venía a contarme esas historias.

Durante el día, me mente exhibía los cuentos del viejo incesantemente y empecé a buscarlos en cualquier libro de mitos que podía encontrar. El viejo me había dicho el tesoro que contenía la casa desde el principio. Pero estaba seguro de que había algo más, que había secretos entre las líneas de cada cuento de la casa. A los 12 años, me dejaban hacer el paseo a la biblioteca que quedaba unas cuantas cuerdas de nuestro hogar. Pasaba horas allí hojeando los libros de mitos tratando de encontrar cualquier rastro de la casa tres pasos.

Una noche recuerdo que estaba esperando oír el tap tap en la ventana con mucha anticipación para saber por último, el verdadero secreto de la casa. Se estaba poniendo muy tarde y todavía no se escuchaba ningún ruido. Se me había quitado el temor a la noche porque por fin, averigüé que el Cucuy era nada más que un viejo borracho que se estaba volviendo más y más senil con cada cuento que me contaba. Empecé a sentir un peso ligero sobre mis ojos cuando oí los pasos fuera de mi cuarto. Cruzaron el patio y seguían hasta el lado de la casa donde estaba la ventana que daba al cuarto del lavado. Era la

costumbre del viejo de siempre entrar por mi cuarto. El temor que había dejado por tanto rato de pronto se empezó a volver. Pero ya tenía 12 años y con los otros niños ya no se hablaba ni se escuchaba del Cucuy. Tome un paso nervioso seguido por otro y otro hasta que llegue a la puerta de mi cuarto. Oí el clack clack de las botas en la distancia. Abrí la puerta cuidadosamente y me moví sigilosamente hacia el cuarto del viejo. Nunca lo había visto. No me permitaba mi madre. Espere a las botas en la sombra de la mesa en la cocina. La puerta al cuarto del viejo me afrontaba directamente. En la oscuridad, la oí abrir lentamente. Pase algunos minutos en silencio contemplando los ruidos de rebusco dentro del cuarto. Empecé a oír unos murmullos, monótonos y entrecortados. A través de la abertura de la puerta, vi unas velas encender uno por uno, y en su luz leve, entre las tinieblas danzantes, estaba la figura del viejo sentado en su cama con los ojos cerrados y los labios moviendo rápidamente. Me acerqué a la puerta. Entre las velas estaba la estatuilla de lo que se parecía a un santo vestido de una túnica negra. Había algo grabado en la placa que yacía por sus pies, *La Santa Muerte*. De pronto, el viejo se empezó a quitar la chaqueta que llevaba puesta. Se parecía mugrosa y cubierta de tierra. Se levantó, dejando el cuarto y yendo para el lavadero que daba al baño. Poco después, oí que se había prendido la regadera. Cuando pensé que todo estaba seguro, me levante de debajo de la mesa. Al entrar al cuarto del viejo, *La Santa Muerte*, con sus cuencas oscuras, me saludo. Estaba rodeada por velas mostrando los santos más típicos. Encima de la cama estaba el celular del viejo y al lado un gran bulto de equipaje medio abierto. Estaba lleno de preguntas, y quizás ella de respuestas. Removí la solapa del bulto y junto a unos billetes de pesos mexicanos de todas cantidades y dólares americanos estaban las bolsas que contenían un polvo blanco. La idea cruzo mi mente, como una memoria fugaz. ¿Podía ser el polvo de los caballeros? Tenía 12 años. Para mí, la etapa de la fantasía se había acabado con esa noche. Ya no estaba dispuesto a oír habla de damas y caballeros, tesoros, o secretos. De ese momento en adelante, solamente me interesaban los hechos.

El timbre del celular me saco de mis pensamientos. Sin pensar, lo tome y lo puse contra mi oreja.

- Vente a la casa antes de la medianoche con el bulto y las cosas. Es todo. click-

Trate de arreglar todo y salirme antes de que volviera el viejo pero ya había sido demasiado tarde. Allí estaba, en el marco de la puerta. Estaba esperando que me corriera. Pero solamente se quedaba de pie con una mirada solemne, como si podía sentir, en ese momento, que la magia de todas esas noches de cuentos había muerto. Estaba afeitado y bien penado. No olía ni un tantito de alcohol ni de la calle. Llevaba puesto traje formal, como si estuviera preparándose para un último viaje. ¿A dónde? No me podía imaginar.

- Pronto me voy a ir de aquí. He empaquetado todas mis cosas. No regresare. Si vienes buscando más cuentos pues vas a tener que ir pa otros rumbos. Los míos se han agotado.

Me quede mirándolo. No sabía cómo responderle. Sentía que lo quería y odiaba a la vez por sus mitos falsos.

- ¿A donde vas?
- A la casa.
- ¿A la Casa Tres Pasos?
- Si
- ¿A vender drogas?
- A jubilarme por siempre.

Y con eso, recogió la Santa Muerta. Le ayude a apagar las velas. Después me llevo de la mano a mi cuarto. Antes de que se fue, me dijo que me olvidara de la casa, que allá solo era para los condenados. Me dejo la moto.

- Esta antes la usaba para ir a la casa. Me ha llevado de la fortuna a la desdicha y de nuevo. Use la para encontrar tus propias aventuras-

Era la última cosa que me había dicho.

Ahora frente a la moto, cuyos costados llevaban la inscripción de “American Gate Co,” sus luces me cegaban la vista. Fuera del círculo que iluminaba la moto, escuchaba los murmullos más claros.

“Anda lucia, animo que ya mero llegamos. Ya puedo ver las luces al otro lado...”

“Quería ser un piloto.” “Yo tenía una casita azul esperándome allá.” ¿Dónde te fuiste Lucia?”

A pocos metros de distancia, fuera del círculo iluminado por la moto, se empezaban a acercar algunas siluetas espesas.

Entre ellas, vi acercándose el leve brillo de una pluma. Con su abrigo manchado de sudor y cubierta de tierra, aparecio uno de mis asesinos. Era la última cara que había visto. Extendió su mano mostrando la pluma, casi ofreciéndomela.

- Lo que escuchas son almas perdidas de quienes han caído en este camino. Si no tienes guía, te vuelvas como ellos. Un ser sin rumbo.

Al tocar la pluma, cerré mis dedos sobre ella mientras el tipo también la detenía. No sentía nada.

- Me mataste. Tenía mis planes y me mataste. Estaba ya tan cerca y me mataron ustedes. Ya iba por la Casa Tres Pasos. Ya mero la encontraba.
- Yo no te mate. Te enterré. He dejado de matar hace mucho tiempo. Te he estado esperando un buen rato. Esta pluma era tuya. Deteniendo una de tus posesiones más queridas, puedo guiarte a la casa. Eso es mi deber, mandado por Dios. Llámame Don Virgilio. Por la noche, mi oficio es de curandero. Guio a todos los que hemos matado a la casa para pasar juzgamiento. Es el precio que he estado pagando por mis pecados. Súbete a la moto, que tenemos que llegar con tiempo.

No tenía ninguna otra opción. No sabía que me esperaba. Solamente tenía mis recuerdos de los cuentos del viejo. Por el día, vagaba el camino siguiendo cualquier rastro de sus actividades. Me habían dicho varios que lo que buscaba yo era la muerte.

Si, les respondía. Exactamente, a eso busco. Pero más precisamente, la muerte y sus discípulos les corregía. Me decían que tenía cojones. Cada entrevista con una fuente potencial de información me inquietaba los nervios. Cada vez que me sentía más cerca a la verdad, se parecía que el peligro estaba allí listo a saludarme con una malvada sonrisa.

Después de pasar lo que se sentía eternidades en el camino, empecé a oír el ding, ding, ding hipnótico de algunas campanas. Las luces fueron lo primero que vi. Una vela encendida en cada ventana. Una armada de llamas flotando tranquilamente en la oscuridad distante. De pronto, el olor de aguardiente y azufre empezó a llenar mi nariz. Es entonces cuando me di cuenta de que había llegado. Desde la oscuridad nocturna, surgió el edificio, parecido a una misión abandonada.

Nos bajamos de la moto. Don Virgilio me trajo hasta la puerta de la casa. Me decía que en el último cuarto del sótano la muerte me había puesto mi último juzgamiento. Con eso, nos despedimos.

Al entrar el cuarto, me saludaron espesas cortinas de humo. En la media oscuridad, el cigarro se quemaba lentamente, ya casi llegando a la colilla, mientras la boca a la cual pertenecía siguió tomando su tiempo dándole pitadas. El ex traficante alzo la cabeza, pero no la mirada. No habían ojos para mirar, solamente un trapo mugroso y manchado de sangre que le cubría la parte donde han de haber estado sus ojos. Tras su trapo ensangrentado, podía sentir su rabia. Estiro el cuello, alzando su nariz para olfatear el aire.

“Huele demasiado a Rosales aquí. Has venido tú también a apostar tu alma? Lo único con que tenemos a apostar aquí son nuestras almas. Y este desgraciado ya ha perdido el suyo hace años.”

Al lado de su mesa, cubierta de montones de fichas y colillas de cigarrillos, estaba el viejo encadenado a una de las patas del mueble

“Acércate. Anda, tomate una silla y ponte a jugar con los hombres. No que eres Rosales? Del mismo raíz del que me saco estos ojos luego para huirse con mi moto y mi dinero? Por lo menos, a eso le tengo respeto.”

Mire al viejo, y de un momento al otro su mirada solemne se endureció.

“Y bien que te los quite cabron. Aunque poseas mi alma, ninguno de nosotros poseamos ni un tantito de dignidad. Nos vamos a quedar aquí juntos, un par de desgraciados para siempre.”

Me quite el gorro y la chaqueta. Tome mi asiento. Enrolle mis mangas.
“Reparte.”

El ciego soplo su humo asqueroso en mi dirección.

“Hueles a venganza. Pero te equivocas. La venganza será la mía.”

La humedad del cuarto llevaba el peso y olor nauseabundo de años de noches húmedas y atrapadas.

Me había enseñando como jugar cartas el viejo mismo. Si él no se podía salvar con sus propias manos, con su propias mañas, que posibilidad tenía yo?

Hice todo lo que pude para detener mis manos tembloras. Me paso las cartas, uno tras otra, lamiendo sus labios.

“Voy a disfrutar de esto mucho. Dos por el precio de uno. En estas manos, llevo tu destino.”

Empecé a sentir la primera gota de duda. El viejo se me acerco, las cadenas susurrando al mismo tiempo.

“No hay mala suerte, solamente mala fe. Lo que me ha costado años de aprender y eso ni en la vida.”

“Basta con eso guey! A jugar!” Le jalo la cadena con fuerza el ciego y el viejo se fue retrocediendo.

Me dejo escoger el juego.

“Póker. Texas hold’ em.” Este juego, no me lo había enseñado el viejo. Lo había aprendido de un gringo viejo en San Francisco cuando empecé como periodista allí para *El Tecolote*. Ese gringo me había enseñado una mana o dos.

“Vaya! no he jugado el Póker hace tiempo. La última vez era con un americano que me vino a comprar drogas desde Los Ángeles. Perdí el juego y el perdió su vida. Seguro que me trato de engañar.”

Me fije en las cartas. El ciego, en las suyas. Hizo una sonrisa diabólica. Movi6 sus manos de una manera increíblemente rápida en voltear las cartas, una tras otra. Primero, la Reyna de picas. Pausa. El viejo se quedó totalmente calmado y al ver su expresión casi de una buddha de piedra, se me iban calmando los nervios.

Luego, el Rey de picas. Siguiendo, la jota de picas.

Vi que el viejo movió los labios, como si estuviera rezando.

Por final, as de picas y diez de picas.

Lamio sus labios.

“color”

Me limpie el sudor de la frente. Lo mire directamente en la cara.

“Royal flush”

.